

# Diálogos con mis colegas etnohistoriadores

Rodrigo Martínez Baracs\*

Me da gusto participar en estos “Diálogos con la Etnohistoria” con unos comentarios sobre los trabajos en curso de tres colegas de la Dirección de Etnohistoria del INAH. Con dos de ellos tengo una relación larga de diálogo, colaboración y amistad: con Rafael Tena, sobre todo en relación con sus traducciones y estudios vinculados con el mundo mexica y náhuatl –nos conocimos en los seminarios y cursos de lengua náhuatl que impartió el gran James Lockhart en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, y mucho de lo que sé se lo debo al privilegio de haber participado en la presentación de varios de los trabajos de Rafael–; con Carlos García Mora, en relación con sus ediciones y estudios vinculados con el mundo michoacano y purépecha –a Carlos lo veo sobre todo en nuestras reuniones bimensuales del Grupo Kwanis de Estudiosos del Pueblo Purépecha en el antiguo colegio jesuita de Pátzcuaro–. A Dora Sierra Carrillo, actual directora de la Dirección de Etnohistoria, tuve el gusto de conocerla aquí, en el Museo Nacional de Antropología, en la reciente presentación, precisamente, de los dos principales libros escritos por Rafael Tena, *El calendario mexica* (1987) y *La religión mexica* (1993), con la presencia también de la historiadora Yólotl González Torres y de la lingüista Carmen Herrera. Es difícil comentar los trabajos de mis tres colegas etnohistoriadores porque todos son bastante precisos en la descripción de sus menesteres, y no tiene caso repetir lo que leyeron.

Dora Sierra nos platica en su ponencia de sus recientes investigaciones sobre varias plantas y hongos alucinógenos

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Comentario leído el miércoles 28 de octubre de 2009 sobre las ponencias de Dora Sierra Carrillo, Carlos García Mora y Rafael Tena en el congreso “Diálogos con la Etnohistoria”, organizado por la Dirección de Etnohistoria del INAH en el Auditorio Sahagún del Museo Nacional de Antropología.

mesoamericanos: el *yauhtli*, el *teonanácatl*, el *ololiuhqui*, el *tlápatl* o *toloztzin*, el *míxtil* y el *péyotl*. Respecto a su búsqueda, Dora Sierra escribe de manera significativa: “La considero alucinante, no sólo por la naturaleza de las plantas a identificar, sino porque es un verdadero reto verbalizar hechos pretéritos que no fueron expresados con palabras, y aspectos subliminales o simbólicos que manifiestan el sistema de ideas y creencias de una sociedad del pasado, a fin de tratar de explicar el mensaje contenido en las imágenes de los códices en estudio”. La investigación de Dora Sierra es amplia y multidisciplinaria. Se ha puesto a revisar varios códices –el *Florentino*, el *De la Cruz-Badiano*, el *Magliabechi*, la *Matrícula de Tributos*, el *Telleriano Remensis*, el *Tudela*, el *Borbónico*–, y sus búsquedas abarcan la iconografía, la historia, la antropología, la biología, el simbolismo, los soportes, los colores, etcétera. En su ponencia, Dora Sierra presenta con amplitud sus trabajos, pero aún no quedan muy claros los resultados, que pronto llegarán. Dos consejos le podría dar para avanzar en la tarea.

El primero, un poco obvio, es el de prolongar sus múltiples aproximaciones multidisciplinarias con el consumo de los alucinógenos que estudia. Es cierto, hemos cambiado, y nuestros antepasados prehispánicos debieron de haber experimentado diferentes sensaciones con ellas de las que experimentamos nosotros. Pero al mismo tiempo seguimos siendo humanos y compartimos lo fundamental. Estudiar el peyote y los hongos, y las plantas alucinógenas, sin probarlas, es como estudiar la recepción del *Quixote* sin haberlo leído, estudiar la pintura de Leonardo sin haber visto la *Mona Lisa*.

El segundo consejo es tratar de visualizar, en la medida de lo posible, la incorporación del consumo de los alucinó-

genos en sus circunstancias concretas, y en particular en las ceremonias públicas, pero también en otras ceremonias más privadas, familiares o herméticas, adivinatorias. Averiguar bien quiénes los consumían: ¿*pipiltin* y también machuales, hombres y también mujeres, a veces también los niños? ¿En fiestas, en ceremonias cerradas, pero también en batallas (como los *hashishin* persas)?

En la ponencia Dora Sierra no menciona un elemento decisivo del mundo prehispánico americano, tanto en las sociedades agrícolas como en las civilizadas: el sacrificio humano y el consumo de carne humana. Es muy importante ver la imbricación concreta de estas prácticas en el funcionamiento de estas sociedades y de estas formaciones estatales, caracterizadas por un grado de integración muy alto del individuo al grupo. El individuo debe estar dispuesto a sacrificar su individualidad, su vida, su pensamiento individual, ante la colectividad. Yólotl González Torres destacó la importancia de las grandes ceremonias durante las cuales se bailaba y cantaba por horas, se consumían alucinógenos, se ayunaba, se practicaban autosacrificios, se presenciaban vistosos sacrificios; en lo alto de los templos los sacerdotes se disfrazaban de dioses y héroes, escenificaban sus historias; sonaban los tambores, las chirimías y las conchas (las omnipresentes trompetas de caracol marino que estudia Lourdes Suárez Diez, ex directora de Ethnohistoria), olía a copal y a sangre derramada... Gordon Wasson, el gran estudioso de los hongos sagrados, proponía llamar “enteógenos” a los alucinógenos, pues introducen a los dioses dentro de los seres humanos, dentro de sus cabezas. Y, en efecto, en el mundo prehispánico los seres humanos, a la manera de los esquizofrénicos, como piensa Julian Jaynes, de manera literal interiorizaban y oían en sus cerebros las voces, las presencias, las órdenes de los dioses, que los mandaban a participar en las grandes construcciones religiosas, hidráulicas y urbanas, en las guerras, a sacrificar y ser sacrificados.

Como bien lo explicó Marvin Harris, en toda investigación antropológica la búsqueda debe ser doble: por un lado, desde adentro, entender los modos que tenía la gente de explicarse, de entender, de vivir su propio mundo; y por otro lado, desde afuera, explicarnos la lógica de este mundo. En el caso concreto de la investigación de los alucinógenos en el mundo prehispánico, es importante entender el papel que jugaron en la integración de los seres humanos al Estado teocrático, militarista y sacrificial.

Mientras que en aquellos tiempos los alucinógenos son descritos en los libros sagrados y forman parte de la vida social, económica, política, religiosa, hoy en día están pro-

hibidos, aunque no dejan de consumirse –no los mismos, lamentablemente, y en un contexto más privado y laico–. También hay que entender desde dentro y desde fuera la presencia de las drogas y de los sacrificios humanos en nuestra sociedad, que también se da, de muy diferente manera, sin duda.

Por otro lado, como una investigación complementaria, hay que atender el llamado de José Antonio de Alzate a estudiar el consumo de la marihuana, los “*pipiltzintzintlis*”, traída por los españoles, que para el siglo XVIII había sustituido entre los indios de los pueblos al consumo de muchos de los alucinógenos prehispánicos.

Como yo no poseo el manuscrito del fascinante gran libro de Carlos García Mora sobre la historia y la antropología del pueblo michoacano de Charapan, leo con gran agradecimiento e interés todo lo que nos pueda contar sobre el contenido y la elaboración de esta gran investigación. Gran investigación por los años que Carlos García Mora lleva trabajando, en colaboración con su esposa, la antropóloga Catalina Rodríguez Lazcano, y grande por lo grueso del trabajo, mil páginas. Rafael Tena, por cierto, es uno de los privilegiados que leyó completo el *Charapan* de García Mora y contribuyó a mejorarlo. Y hoy, para contarnos esta gran investigación de toda una vida, desde los 22 años, Carlos García Mora nos entrega un librito, precioso, inteligente e íntimo, titulado *Tras bambalinas*, con fotos que hablan del diálogo de toda una vida con un pueblo, su gente, de hoy, de ayer y del pasado, con sus calles y cielos y montañas. Es emocionante ver a Carlos y Catalina en sus años mozos en Charapan, ver al antropólogo y lexicógrafo purépecha Pablo Velásquez Gallardo, ver a Carlos y Alicia ya maduros de regreso al pueblo abrazando a las señoras que habían conocido cuando aún eran niñas. Carlos y Catalina parecen gente del pueblo.

No podemos reprocharle a Carlos García Mora su tardanza en concluir su *summa charapensis*, porque no se debe a puro perfeccionismo y menos a desidia, sino a las otras pesadas tareas que se ha echado a los hombros y que ha realizado de manera notable con enorme generosidad, puesto que se trata de grandes tareas colectivas y, debo decir, claramente “dialógicas”, para usar el concepto de Mijaíl Bajtín. En primer lugar, la múltiple investigación sobre Chimalhuacán. Enseguida, sobre todo, la coordinación y edición de los 15 muy gruesos tomos de *La antropología en México*, publicados en 1987-1988, apoyada por el gran historiador Enrique Florescano, entonces director

del INAH, y que abarca un conjunto de materiales comparable al estadounidense *Handbook of Middle-American Indians*, de la Universidad de Texas en Austin. En la gran obra colectiva *La antropología en México* dialogan decenas y decenas de autores, antropólogos y de todas las disciplinas afines, con cientos de autores del pasado. Por otro lado, Carlos García Mora fue el fundador, hace más de 10 años, del Grupo Kwanis de Estudiosos del Pueblo Purépecha, y ha sido uno de sus principales animadores, junto con la antropóloga Aída Castilleja y el historiador Carlos Paredes Martínez, que se reúne el último sábado de cada dos meses en Pátzcuaro y convoca libremente a un buen grupo de historiadores, antropólogos, lingüistas, arqueólogos, maestros, estudiantes y purépechas, todos los cuales dialogamos con gusto y respeto. El diálogo sólo se pone elitista cuando comienzan a hablar los purépechas con los orgullosos lingüistas en purépecha.

Del precioso librito que *tatá* Carlos García Mora nos entrega sobre su trabajo de toda una vida sobre el pueblo de Charapan, me resuena todavía su voz cuando escribió: “Me resultó evidente que mi investigación no tenía final posi-



ble”. Entre tantas cosas que me parecen notables y admirables, menciono que, para no traicionar su particular visión, siempre enriquecida, del pueblo de Charapan, Carlos García Mora haya estado dispuesto a no presentarla como tesis de doctorado, con tal de modelar su obra tal y como él íntimamente la quiere. Por lealtad con su trabajo, renunció a la jerarquía académica y a un mejor sueldo.

Si las mil páginas de *El baluarte purépecha. Configuración de un pueblo cristiano en la sierra de Michoacán* están escritas como lo están las 50 de *Tras bambalinas*, no dudo que rebase el nivel de “obra de referencia” y que se lea como una verdadera novela, como una novela verdadera –*un roman vrai*, como decía Jean-Paul Sartre a propósito de su larga e inconclusa biografía de Flaubert–. En todo caso, me reí mucho cuando leí que a Carlos y a Catalina los habían tomado en Charapan como predicadores protestantes y que, cuando le regalaron a un informante una versión de 700 páginas del futuro libro, creyeron que se trataba de una Biblia. Bueno, si el libro no aparece pronto publicado por el INAH, no en dos volúmenes sino en uno solo, como lo quiere Carlos, espero que me regale un ejemplar para iniciar mi navegación en los tiempos y espacios de Charapan en la sierra michoacana.

La ponencia de Rafael Tena es valiosa porque nos muestra el hilo de sus propios trabajos, que lo llevaron a la traducción y estudio de la muy extensa y valiosa obra en náhuatl del cronista chalca Domingo Chimalpáhin, y al mismo tiempo nos ofrece un esquema global del complejo conjunto de los escritos de Chimalpáhin y del avance de sus ediciones y traducciones.

Tena se refiere con modestia a sus propias contribuciones, que son muy importantes, pues, al rebasar a muchos de los proyectos en que otros investigadores avanzaban con lentitud, logró realizar la primera traducción completa de los textos conocidos como las *Ocho relaciones y el memorial de Colhuacan* (1998), y poco después fue el primero en dar una traducción completa del *Diario* de Chimalpáhin (2001). Ahora Tena se propone continuar la tarea con otros de los escritos de Chimalpáhin, en su mayor parte ya traducidos al inglés, pero que es muy importante que se cuente con una buena edición y traducción al español.

Ya me he referido con amplitud, en otros escritos, a las características del trabajo editorial y de traducción de Rafael Tena, que lo hacen idóneo para realizar esta tarea de popularización histórica, entendida en el sentido más alto y generoso de la palabra. El objetivo de Tena es transformar

a Chimalpáhin en lo que debe ser: un clásico tanto de la literatura como de la historia nahuas y mexicanas. De allí la limpieza y claridad de su traducción al español, donde la “lengua meta” es una lengua castellana que comparte lo mejor de la del siglo xvii, de Chimalpáhin y de Cervantes, y de la actual, de Rulfo. Las traducciones de Tena de Chimalpáhin –como las de los *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, de 2002, y de los *Anales de Tlatelolco*, de 2004– están dirigidas no sólo a un público de especialistas, sino a un público culto, mexicano y de cualquier lugar del mundo, y le ofrece de la manera más discreta posible, sin engordar ni entorpecer la edición, toda la información, plenamente documentada y actualizada, que se pueda necesitar para leer, navegar en el universo de Chimalpáhin: ediciones bilingües pero baratas (en la colección Cien de México de Conaculta), introducción breve y muy concisa, precisa y muy completa, bibliografía comentada, notas mínimas, glosarios y listas, e índices.

La celeridad y excelencia de las traducciones de Tena han provocado ciertas envidias en el gremio de los nahuatlato. Pero a un escritor tan importante como Chimalpáhin no puede bastarle una sola traducción. Tena destaca la importancia del conjunto de la obra de Chimalpáhin, solo comparable a la de fray Bernardino de Sahagún, que coordinó a un buen equipo de colaboradores nahuas, a diferencia de Chimalpáhin, que trabajó solo –aunque no aislado–. Tena compara las mil 610 páginas de Chimalpáhin con las 2 mil 444 del *Códice Florentino* de Sahagún y sus colaboradores –aunque habría que agregar las obras preparatorias y otras obras etnohistóricas sahanguntinas, además de sus obras de evangelización–. Y Tena contó que en las *Ocho relaciones* y el *Diario* de Chimalpáhin son mencionados unos mil 500 personajes y mil lugares. Habría que agregar que las obras de Sahagún y Chimalpáhin no se superponen, sino que se complementan para darnos la visión más rica del México prehispánico.

En su ponencia, Tena procura dar una visión al mismo tiempo amplia, precisa y breve del conjunto de la obra de Chimalpáhin, y tal vez uno quisiera pedirle que, como lo hizo a propósito de la copia en español de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara, nos explicara brevemente la participación de Chimalpáhin como copista del sahanguntino *Exercicio quotidiano* y de la *Crónica mexicáyotl* de Fernando Alvarado Tezozómoc.

Tena nos cuenta, siguiendo a Susan Schroeder, cómo José María Luis Mora regaló en 1827 tres gruesos tomos manuscritos, con las obras de Alva Ixtlilxóchitl y muchas

de Chimalpáhin, a James Thomson, agente de la Bible Society, quien los envió de inmediato a Londres, y que hoy se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Mi esposa, la historiadora Miruna Achim, me recordó que el año siguiente Isidro Icaza, conservador del Museo Nacional, entregó a Henri Baradère el *Diario de la expedición a Palenque* del capitán Guillermo Dupaix. Otros ilustres extranjeros, amantes y estudiosos de México, como el caballero Lorenzo Boturini en el siglo xviii y el abate Brasseur de Bourbourg en el xix, tuvieron el mismo talento para hacerse dar documentos históricos mexicanos fundamentales. Por cierto, podría ser que se los debamos agradecer, pues de esta manera los códices y documentos llegaron a repositorios europeos y estadounidenses donde se encuentran a salvo y los podemos consultar sin problemas. Muchas veces los documentos en náhuatl o en quiché fueron entregados a extranjeros por su posibilidad de traducirlos y editarlos. Rafael Tena, traductor y editor de textos nahuas antiguos, nos devuelve esta capacidad y nos restituye los documentos literarios e históricos de nuestro pasado.

